ADMINISTRAR BIEN LOS BIENES



EN EL MONTE ALTO DE LA ORACIÓN

Para reflexionar en el silencio interior

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«Jesús dijo a sus discípulos: "Había una vez un hombre rico que tenía un administrador, el cual fue acusado ante él de haberle malgastado sus bienes. Lo llamó y le dijo: '¿Es cierto lo que me han dicho de ti? Dame cuenta de tu trabajo, porque en adelante ya no serás administrador'» (Lc 16, 1-2).

Madre nuestra: la parábola que hoy consideramos deja una enseñanza muy clara con relación a la importancia de administrar bien los bienes recibidos. Qué lástima que aquel hombre rico tuviera que reconocer la habilidad con la que procedió el mayordomo infiel.

Desgraciadamente es lo que ahora vemos con frecuencia: mucha habilidad para hacer buenos negocios, para asegurar un bienestar en la tierra, pero, por otro lado, mucho desinterés por acumular tesoros en el cielo, con la esperanza de gozarlos en la vida eterna.

Existe el peligro de que a muchas almas buenas les suceda lo mismo que al joven rico. Aquel muchacho a quien Jesús miró con cariño,

y lo llamó con amor de predilección, pero que no estuvo dispuesto a dejar todos sus tesoros para seguirlo, a pesar de que el Señor le ofrecía el ciento por uno en la tierra y la vida eterna, además de asegurarle los tesoros del cielo.

Tenemos que reconocer todos los cristianos que, además de unos bienes terrenales, hemos recibido en esta vida muchos bienes espirituales, y que el Señor nos pedirá cuentas de cómo los hemos utilizado. Es importante no solo reconocer que los hemos recibido, sino dar fruto con todos ellos. Sabemos que salimos ganando si ponemos a trabajar esos dones, pero a veces nos falta fe, porque hay que ver todo con visión sobrenatural, con la esperanza del premio eterno.

Madre de Dios: tú eres nuestra esperanza. Ayúdanos a ser fieles administradores de los bienes recibidos, para dar siempre el fruto que tu Hijo espera de nosotros.

Hijo mío: vamos a meditar todas las cosas necesarias para que alcances la santidad.

Vamos a orar.

Abre, hijo mío, tu corazón, y revisa la rectitud de tus intenciones.

Examina tu conciencia, y, frente al Señor, reconócete pecador, y pide la gracia para que seas un buen administrador de los bienes que te ha dado el Señor.

Él te ha dado bienes terrenales y te ha dado en abundancia bienes espirituales, para que los pongas a trabajar. Y vendrá un día a pedirte cuentas de tu trabajo.

Te preguntará:

¿Has sido un siervo fiel?

¿Para qué has usado los bienes que yo te di?

¿Los has administrado bien, y los has multiplicado, poniéndolos al servicio de los más necesitados y de la comunidad? ¿O los has aprovechado para tu beneficio personal de modo egoísta?

¿Quiénes se han beneficiado de tus dones y tus carismas?

¿Quiénes se han enriquecido con tu pobreza de espíritu?

¿Quién podría abogar por ti el día de tu juicio?

¿O es que solo tendrías quien te acuse?

El Señor te ha dado mucho y te dará más. Si eres fiel en lo pequeño serás digno de que te confíe más.

Pero si has sido infiel en lo pequeño, hasta eso poco que tienes te será quitado.

Yo te aconsejo que cuides tus bienes, que hagas bien tu trabajo, que pongas todo lo que tienes al servicio del Señor, porque nada es tuyo. Absolutamente todos los bienes que tienes Dios te los dio, para que se los regreses con creces.

¿Acaso crees que eres muy hábil en los negocios?

¿Que te va muy bien y que no necesitas que nadie te diga lo que tienes que hacer?

¡No seas insensato! Podrías repentinamente morir.

¿Y de qué te serviría la fama, la riqueza, los amigos que hiciste aquí con la intención de cobrarles el favor que con dinero sucio y lleno de injusticias les hiciste?

¿Crees que ellos van a interceder por ti?

¿Van a dar la cara por ti?

¿Van a defenderte, o van a protegerte?

¿Van a ayudarte y a liberarte del castigo eterno, cuando sea momento de rendirle cuentas a Dios de todos los bienes que te dio?

Ahora pregúntate lo mismo, pensando no en cosas materiales, no en cosas de este mundo, sino en los bienes espirituales que el Señor te dio.

Comienza pensando en esa cruz, en la que por ti murió, en la que su sangre derramó, asumiendo todos tus pecados, para presentarte limpio y puro ante Dios, para redimirte, para salvarte, para abrirte las puertas del Paraíso.

Él te dio dones y carismas del Espíritu Santo.

A través del sacramento del Bautismo infundió en ti las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad, para que pudieras crecer en tu vida espiritual y santificarte.

Él te dio la vida de su resurrección, y renueva su sacrificio redentor en cada Eucaristía, para alimentarte, para enriquecerte con su propia vida, y llenarte de su amor y de su sabiduría.

Él te dio esta conciencia, para que sepas qué es lo que quiere Él, para que sepas diferenciar lo que está mal y lo que está bien, y rechaces el mal y hagas el bien.

Para eso te dio el libre albedrío que, de entre todos, es el más grande bien, el que verdaderamente te hace ser poderoso, porque te da la libertad para actuar, para decidir con habilidad seguir perteneciendo al mundo –haciendo dinero, negocios y planes absurdos, porque son efímeros–, o vivir en libertad, enriquecido por la gracia de Dios, dejándote purificar por su gracia a través de su misericordia, que los fieles administradores de Cristo te dan a través de los sacramentos, para que pertenezcas a la luz y seas un hombre fiel, dispuesto a seguir a Jesús, y a dar la vida por Él.

Decídete, hijo mío, a vivir con humildad, con honestidad, y con fidelidad, trabajando para Dios, luchando por la justicia y la paz, compartiendo tus bienes con los más necesitados, para que ellos se enriquezcan con el tesoro más grande que tienes: la verdad.

Los amigos que conviene hacer en este mundo son aquellos dispuestos a caminar contigo, dejándolo todo para seguir a Cristo. Ellos sí abogarán por ti el día de tu juicio.

¡Muéstrate Madre, María!

(*En el Monte Alto de la Oración,* n. 147)

OTRAS ORACIONES Y REFLEXIONES